

libre y promiscuidad. Escenas chabacanas, contadas notas de ingenio —que Belda nunca llegó a perder del todo— y un impresionante deslavazamiento. El autor no buscaba la inmortalidad; el dinero constituía la exclusiva fuente de sus preocupaciones literarias. Había avisado hacía lustros.

Empecinados en sus fórmulas, ajenos a las profundas transformaciones que durante la etapa republicana experimentó el panorama socio-cultural, los «novelistas galantes» fueron languideciendo sin dar a torcer el brazo. En el camino se desgajó del grupo el Marqués de Hoyos y Vinent, entregado a la sazón a escribir obras tan inesperadas como *Comunismo* (Madrid, 1932), *La hora de España* (Madrid, 1930) o *El primer estado* (Madrid, 1931), singular personaje que merecería —insisto— mucha más atención (sobre todo en cuanto se refiere a sus estupendos relatos cortos) de lo que el totalizador olvido que le ha cubierto podría inducir a pensar. No pocas sorpresas aguardan a quien se atreva a emprender la necesaria tarea de revisar sus escritos.

El subterfugio de la divulgación científica

En el diario *La Libertad*, de Madrid, correspondiente al 8 de enero de 1933, al efectuar el balance del año recién acabado, el anónimo cronista recalca con énfasis el auge de las obras «que tratan en forma ágil y viva —no del modo estrictamente científico— temas médicos, temas emparentados con la anormalidad y la patología. Amenización —señalaba—, vulgarización de las zonas que hasta hoy estaban en penumbra», citando a continuación títulos de Luis N. de Castro, Hildegart, Vázquez Zamora y Manuel Hidalgo. Tenía razón el periodista: las obras divulgativas de temas médicos eran muy bien recibidas por una amplia masa de lectores ansiosos de adquirir nuevos conocimientos. Lo que al periodista se le escapa, o al menos no anota, es que al amparo de dicho interés surgió una literatura oportunista y pseudocientífica, espectacularmente plagada de truculencias, que, a mi entender, cumplió, entre otras, la misión de arrebatar «clientes» a los «novelistas galantes», pues su novedoso desmesuramiento superaría con creces los repetidos recursos de aquellos autores.

Con la República, innegable resulta, mejoró de manera sustancial, cualitativa y cuantitativamente, el nivel cultural del país, pero eso de ninguna forma implicó, como idealizadamente se ha dejado entender con cierta frecuencia, la automática desaparición artibirlibirloquesca de hábitos de lectura demasiado bien arraigados en determinados segmentos de la población. Es, creo yo, más razonable asociar el declinar de la «novela galante» al éxito alcanzado por personajes tan hábiles y con tanto sentido de la oportunidad (idéntico al que los aludidos escritores habían sabido capitalizar en beneficio propio un par de décadas antes) como el celebrado doctor Angel Martín de Lucenay.

¿Quién era y a qué se dedicaba Martín de Lucenay? El se autotitulaba «diplomado por la Escuela de Sexología de Río de Janeiro», misteriosísima escuela que, según la Embajada del Brasil, ni siquiera llegó a existir, y lo cierto es que fue un prolífico autor de obras supuestamente de divulgación sexual, cultura física y salud. Y apunto lo del supuesto porque, si bien es obvio que sus libros y folletos también intentaron cumplir esas funciones, e incluso que su planteamiento editorial respondía a tales motivacio-

nes, de la lectura de los mismos se desprende que su núcleo narrativo, compuesto por demoradas exposiciones de casos aberrantes con indisimulada precipitación enlazados entre sí, se eleva a la categoría de *prima donna* y anula, o cuando menos relega a muy secundario término, cualquier pretensión distinta. El meollo de *La sexualidad maldita* (Barcelona, Jasón, 1931), cuyas páginas marcarían —según mis datos— el inicio del aluvión martinlucinense, acoge historias tan apasionantes como las de «La dama del perrito pekinés» (Cap. IV), «El pederasta necrófilo» (VII), «Los invertidos de Hong-Kong» (X) o «El mayor atractivo de las chinas» (XVIII); lo demás, sin perdonar explicaciones ni teorías, simple relleno. A continuación, reproduzco un fragmento de «La danzarina rusa» (I). La cita será algo larga, pero vale la pena, pues los textos del apócrifo diplomado en Sexología constituyen auténticas minas de pasatiempos:

«El camarote que ocupó la rusa estaba inmediato al cuarto de baño del que yo ocupé durante todo el tiempo que permanecí en el "South Indian". La independencia de ambas estancias la establecía sólo un frágil tabique de madera esmaltada, que yo tenía materialmente cubierto de fotografías, *kakemonos* japoneses y otras fruslerías evocadoras de las ciudades que había visitado en mis largos viajes.

A la noche siguiente, cuando me hallaba en mi cuarto de aseo, pude escuchar ciertos rumores que provenían del camarote de mi vecina. Eran pequeños gritos o débiles lamentos que llegaron a inquietarme, y al efecto, salí a cubierta, con el fin de cerciorarme, atreviéndome a mirar indiscretamente por uno de los ojos de gato del camarote de la artista.

Mi tentativa fue nula, puesto que la cortina metálica, si bien permitía la circulación del aire, no dejaba el más tenue resquicio que permitiese ver lo que ocurría dentro.

Volví a mi cámara y decidido a todo, vivamente excitada mi curiosidad por el presentimiento de algo anormal, extraje con cuidado un pequeño clavillo del que colgaba un *kakemono*, creyendo que el diminuto orificio abierto en la madera podría servirme de magnífico observatorio si lograba profundizarle lo suficiente hasta que traspasase la madera del tabique.

No lo pensé más y sirviéndome de una aguja hipodérmica acabé de practicar el taladro que, precisamente, coincidía con la juntura de dos listones. Y entonces...

Tuve que reprimir una exclamación no sé si de asombro o de espanto. El minúsculo orificio hecho a unos sesenta centímetros del piso me permitió abarcar con la vista gran parte de la estancia inmediata.

En el suelo, sobre una alfombra de Cachemira, el cuerpo estatuario de la gentil artista se ofrecía en todo el esplendor de su desnudo blanco y níveo.

La Lukowa yacía completamente extendida, con las piernas y los brazos abiertos. Advertí que sus axilas y la región pubiana estaban cuidadosamente depiladas, sin la más leve sombra de vegetación pilosa. Y sobre la altura inmaculada de su piel, que parecía estremecida por un ligero temblor, una serpiente negra de Tasmania, de más de metro y medio de longitud, se deslizaba lentamente, como besando con su caricia cálida y viscosa los senos, la comba de vientre y el sexo de aquella mujer.

Cerca de tres minutos duró aquel juego, pudiendo advertir claramente cómo se elevaba el grado de excitación de la original viciosa, a medida que el ofidio rozaba con sus escamas brillantes los centros erógenos de la danzarina.

Por último, cuando el reptil hubo pasado su cabeza por entre el vértice de los muslos de la Lukowa para iniciar nuevamente el ascenso por la cara posterior del muslo izquierdo, la artista juntó ambas piernas y con las manos oprimió sobre su sexo el cuerpo de la serpiente.

La bestia negra, al sentirse fuertemente sujeta, ora distendía la parte inferior de su cuerpo o trataba de avanzar de frente para libertarse del lazo que la detenía.

En este momento la Lukowa empezó a pronunciar frases ininteligibles y genidos entrecortados, que delataban bien claramente su naturaleza erótica.

Seis u ocho segundos más duró la escena, y al final sobrevino el definitivo éxtasis espasmódico, mientras la serpiente, ya libre, fue hasta un plato que debía contener leche y otro manjar parecido.

Al día siguiente cuando vi a la hermosa artista en la cubierta, me produjo una sensación de lástima y repugnancia que ella debió advertir a través de mi sonrisa.

Por fortuna, tres días más tarde abandonamos Singapur con rumbo a Filipinas, sin que en las listas de pasaje extraordinario figurase el nombre de la encantadora y monstruosa Miss Lukowa.»

En resumen, desde su minúsculo e incómodo observatorio, amén de otra multitud de detalles y en contados instantes, Lucenay incluso consiguió averiguar la nacionalidad de la serpiente: era de Tasmania. No está mal. ¿Acaso podría pensarse en sacar mayor partido del pequeño orificio que luchando contra el tiempo y los ruidos permite abrir en la madera una aguja hipodérmica? Un puñado de expresiones con resonancias clínicas («éxtasis espasmódico», «vegetación pilosa»), las tópicas caracterizaciones —el burdo contraste— de ambas protagonistas (el «desnudo blanco y níveo» de la danzarina, más «la albura inmaculada de su piel», frente al pavoroso metro y medio de brillantes escamas de la «bestia negra») y la grandilocuencia del ambiente (a bordo de un «paquebot norteamericano de 32.000 toneladas», el «South Indian», en aguas de Singapur): Lucenay. Reescribese el episodio trasladando la acción a Carabanchel, sustituyendo a la estilizada artista por una patriótica bailaora, a la alfombra de Cachemira por un rústico escaño y al terrorífico reptil por una modesta culebra de agua. Pero nuestro doctor no estaba por la novela cómica.

Hombre vitalmente progresista, es de suponer que Lucenay ejercería un influjo positivo sobre los lectores que fuesen capaces de llegar hasta el fondo de sus propuestas a través del engañoso bosque de las nada ejemplares historietas que vela, o al menos dificulta, su cabal comprensión. He aquí, a mi entender, las dos facetas que concurren en los «Temas»: una ideología «de avanzada» y una escritura que sólo incita a retener las anécdotas. ¿Ineludibles exigencias del género? Tal vez. Pues, de no plegarse a dicha servidumbre, difícilmente hubiesen alcanzado sus obras el altísimo grado de aceptación que obtuvieron.

Y es que fue tanta su popularidad, y tan rotundo el sentido de la oportunidad de Martín de Lucenay, que éste no vaciló en afrontar la empresa de redactar íntegramente los sesenta volúmenes de la serie «Temas Sexuales» de la editorial Fénix (Madrid, 1933-5), cuadernillos de unas cien páginas, cuya periodicidad llegó a ser trimensual. *La trata de blancas*, *Un mes entre prostitutas*, *Vicios femeninos*, *Invertidos célebres* o *Bestialismo* (donde, por cierto, volvería a colocar la recién transcrita historieta de la danzarina rusa): de tal tenor son sus títulos. Y cuando acabó con los «Temas»... empezó con «Cultura Física y Sexual», folletos quincenales publicados desde Barcelona (Editorial Cisne). La nueva colección, cuya «seriedad» no admite comparación con el tono de los célebres «Temas», dejaría de salir en junio del treinta y seis. No hace falta decir por qué. Ni tampoco insistir en que el cerrojazo respondió a causas ajenas a la voluntad de autor, editor y lectores. Pocas veces habrá resultado más cierta la manida frase.